

DESAFÍOS CONTEMPORÁNEOS PARA UNA EDUCACIÓN SITUADA, INCLUSIVA Y TRANSFORMADORA

La educación actual atraviesa permanentes transformaciones que exigen reconsiderar, con rigor crítico, sus fines, sus prácticas y sus horizontes ético-políticos. En un escenario marcado por desigualdades persistentes, transformaciones tecnológicas aceleradas, tensiones culturales, crisis sociales y tensiones crecientes en torno a la inclusión y la justicia social, ni la escuela ni la universidad pueden seguir pensándose como instituciones neutrales o como simples dispositivos de transmisión de contenidos. Su papel en la formación de sujetos, en la construcción de ciudadanía y en la producción de conocimiento demanda una mirada situada, compleja y profundamente reflexiva. Hay una reflexión que resuena en el trasfondo de los documentos aquí reunidos: mostrar que educar implica interrogar el presente, reconocer la diversidad de experiencias que configuran los procesos de aprendizaje y asumir que toda práctica pedagógica es, inevitablemente, una práctica ética y política.

Lejos de constituir un conjunto disperso, las propuestas que articulan este número de la *Revista Latinoamericana de Estudios Educativos* dialogan en torno a una preocupación común: comprender la educación como una experiencia atravesada por el contexto, la subjetividad, la cultura, la emoción y la desigualdad. Desde distintos niveles educativos, disciplinas y enfoques metodológicos, los artículos cuestionan la idea de que el aprendizaje pueda reducirse a resultados estandarizados o a desempeños medibles en abstracto. Por el contrario, ponen de relieve que enseñar y aprender son procesos complejos, relacionales y situados, en los que intervienen tanto los saberes disciplinares como las condiciones materiales, simbólicas y afectivas de quienes participan en ellos.

Uno de los ejes más potentes de este número es la reivindicación del **conocimiento situado**. El estudio sobre literacidad crítica y el problema socialmente vivo de la alimentación y nutrición escolar muestra que incluso los fenómenos



que suelen considerarse técnicos o biológicos requieren ser leídos desde una perspectiva crítica e interdisciplinar. La alimentación escolar no es solo un asunto de nutrientes o hábitos saludables; es también un problema social, cultural y político que involucra controversias, decisiones y formas de ciudadanía. El aporte de la literacidad crítica reside en permitir que los estudiantes desarrollen una actitud de alerta frente a los discursos que circulan, una disposición a deliberar con otros y una capacidad para tomar posición frente a problemas que afectan la vida colectiva. Este artículo recuerda que la formación científica y la formación ciudadana no son dimensiones separadas, sino procesos que deben articularse en una educación orientada al análisis crítico de la realidad.

Una preocupación semejante atraviesa la investigación sobre **etnoliteratura en territorio ancestral Nasa**, que interpela una de las tensiones más persistentes de los sistemas escolares latinoamericanos: la subordinación de los saberes comunitarios y ancestrales frente a un currículo homogéneo que desconoce la pluralidad epistémica de nuestros pueblos. La etnoliteratura aparece aquí no como un complemento folclórico, sino como una mediación pedagógica capaz de vincular oralidad, memoria, tejido, música, símbolos y espiritualidad con los procesos de lectura y escritura. Su relevancia no es únicamente didáctica, sino profundamente política: integrar los saberes ancestrales al aula supone reconocer otras formas válidas de producir y transmitir conocimiento. En ese reconocimiento se juega la posibilidad de una educación culturalmente pertinente, capaz de fortalecer la identidad y resistir las lógicas de homogeneización que han marcado la escolarización en América Latina.

La misma orientación territorial se encuentra en el artículo sobre el desarrollo de competencias del científico social en niños a partir del entorno municipal. Allí, la enseñanza de las ciencias sociales se vincula con la comprensión histórica, cultural y natural del municipio del Socorro, mediante una cartilla-taller que convierte la realidad local en fuente de reflexión pedagógica. Este enfoque desplaza la enseñanza desde una lógica abstracta hacia una experiencia formativa que promueve la observación, la indagación y la construcción de sentido de pertenencia. La historia, lejos de ser un contenido memorístico, se presenta como clave para transversalizar otros aprendizajes y para comprender que la formación ciudadana no puede desprenderse del territorio. En tiempos de estandarización curricular, estas investigaciones reafirman que el entorno no es un obstáculo para aprender, sino una condición privilegiada para aprender con profundidad.

Si bien el contexto determina el matiz de la educación, estos estudios presentan una educación atravesada por **dimensiones afectivas y subjetivas** que con frecuencia son invisibilizadas. Las investigaciones sobre ansiedad, actitudes hacia las matemáticas y creencias sobre los docentes muestran que el desempeño académico no puede explicarse únicamente por la capacidad cognitiva. La relación con las matemáticas está mediada por la percepción del profesorado, la confianza en las propias capacidades, la ansiedad frente a la evaluación y la interpretación del valor de la tarea. Estos hallazgos obligan a revisar concepciones instrumentales de la enseñanza que privilegian la repetición, la vigilancia evaluativa y la lógica del logro individual. La educación matemática, lejos de ser un campo técnico, es también un espacio de producción de subjetividad y de gestión emocional.

En el artículo sobre **estrategias de aprendizaje y motivación en estudiantes de medicina**, sale a relucir que la formación médica suele asociarse a exigencias intensas y altos niveles de presión, pero los resultados muestran que el aprendizaje efectivo depende de variables que desbordan el dominio de contenidos: elaboración, organización, pensamiento crítico, autorregulación y administración del tiempo emergen como dimensiones decisivas. La ansiedad y la inseguridad, por su parte, obstaculizan el uso de estrategias profundas. Esta evidencia invita a cuestionar modelos formativos que normalizan la sobrecarga y la competitividad como condiciones naturales del aprendizaje profesional. Formar en medicina no debería equivaler a someter al estudiantado a una lógica de supervivencia académica, sino a crear condiciones para un aprendizaje riguroso y humanamente sostenible.

La cuestión de la **inclusión** aparece con fuerza en el artículo sobre **gerontología educativa universitaria**. Este trabajo visibiliza una dimensión históricamente marginal en las agendas universitarias: la presencia de personas mayores en la educación superior. La universidad ha sido pensada desde una lógica etaria que privilegia a los jóvenes y concibe la vida académica como un tránsito lineal. La rigidez curricular, la estandarización evaluativa y la brecha digital restringen el acceso y la permanencia de las personas mayores. Frente a ello, la gerontología educativa universitaria se propone como un marco para pensar una universidad intergeneracional, capaz de valorar la diversidad etaria como riqueza pedagógica. Esta perspectiva interpela la noción misma de inclusión: no basta con admitir cuerpos diversos; es necesario transformar la institución para que esos cuerpos y trayectorias participen en condiciones de dignidad.

La reflexión se vuelve aún más urgente con el artículo sobre **educación superior durante la pandemia por COVID-19** que nos muestra que la transición forzada hacia modalidades remotas expuso las fragilidades estructurales de los sistemas universitarios y los límites de una tecnificación ingenua de la enseñanza. La revisión sistemática identifica tensiones en los fines educativos, los recursos tecnológicos, las tareas de aprendizaje, la evaluación y las relaciones interpersonales. La pandemia no inventó los problemas de la educación superior, pero los hizo visibles con crudeza. Este artículo funciona como advertencia: cualquier innovación tecnológica que ignore las desigualdades de acceso, las cargas emocionales y las condiciones reales del trabajo docente corre el riesgo de reproducir, bajo nuevos formatos, las mismas exclusiones de siempre.

Vistos en conjunto, los artículos convergen en una crítica de fondo a las formas en que la educación ha sido pensada desde la homogeneidad, la estandarización y el rendimiento. Frente a esa tradición, los textos aquí reunidos proponen otra imagen de la educación: una práctica social situada, culturalmente mediada, afectiva y transformadora. No se trata de negar el papel del conocimiento disciplinar, sino de reconocer que toda enseñanza cobra sentido cuando articula saberes, subjetividades y condiciones concretas de existencia. La educación, en este horizonte, no es un mecanismo de adaptación pasiva, sino un espacio donde se disputan las formas de nombrar, habitar e intervenir el mundo.

Sin embargo, estas investigaciones también revelan límites persistentes: innovaciones didácticas que coexisten con estructuras rígidas; perspectivas inclusivas que enfrentan marcos normalizadores; saberes territoriales que disputan legitimidad frente a epistemologías hegemónicas; y dimensiones emocionales tratadas como secundarias. Estas tensiones constituyen el corazón de los desafíos educativos actuales. El problema no consiste solo en diseñar mejores estrategias de enseñanza, sino en transformar las condiciones institucionales, políticas y culturales que organizan la experiencia educativa. La pregunta por la calidad no puede desligarse de la pregunta por la justicia con que se distribuyen reconocimiento, participación y oportunidades.

Los artículos muestran que la escuela y la universidad pueden convertirse en espacios de emancipación solo si se atreven a escuchar los territorios, reconocer las diferencias, interrogar sus prácticas y revisar críticamente sus supuestos. En tiempos de discursos simplificadores, estas investigaciones recuerdan que

enseñar es un acto profundamente político y que formar sujetos implica asumir la tarea de hacerse responsable de un mundo más habitables, dialógico y más justo.

Desde esa convicción, este número no pretende cerrar el debate, sino que se constituye en una invitación a seguir pensando la educación como campo de tensión, innovación y transformación. Si algo emerge con fuerza es que la educación, en su sentido más estricto, continúa siendo una apuesta por la democratización del conocimiento, por la dignidad de las trayectorias diversas y por la construcción de una ciudadanía capaz de leer críticamente su realidad y actuar sobre ella.

Jhon Fredy Orrego Noreña
Doctor en Ciencias de la Educación
Docente - Director
Departamento de Estudios Educativos
Facultad de Artes y Humanidades
Universidad de Caldas